

FLAUBERT: LECTURA Y ESCRITURA

Antonio Álvarez de la Rosa
Universidad de La Laguna

RESUMEN

Flaubert «escuchó», entre otros libros, *Don Quijote*, antes de ser lector. A lo largo de su enorme correspondencia, se puede seguir la huella de sus lecturas e identificar la simbiosis que siempre existe entre leer bien y escribir bien. Y de ahí su dogma literario que empapa esas miles de páginas: hay que frecuentar a los grandes escritores antes de atreverse a crear.

PALABRAS CLAVES: Correspondencia, lecturas, autores clásicos, la escritura, Flaubert.

ABSTRACT

Among other works that he later read, Flaubert «listened to» *Don Quixote* before he actually read the book. In the vast amount of his correspondence we can find traces of the books he read and those traces show the symbiosis between reading well and writing well. Hence the literary dogma that permeates thousands of his correspondence pages: one must be acquainted with the great authors before daring to embark on creative writing.

KEY WORDS: Correspondence, reading, writing, classical authors, Flaubert.

Antes de saber leer, Flaubert escuchaba historias, leyendas o, embarcado en la voz del abuelo de Ernest Chevalier, acompañaba a don Quijote y a Sancho Panza por los caminos de Cervantes. (Fue tal la fascinación primera, que sus enseñanzas le acompañarán siempre. A la altura de su ya estrenada treintena, valga un pequeño apunte de esa imperecedera herencia, de su inoxidable coherencia, anotado en una carta a Louise Colet¹ (t. II, p. 111) en la que trata de condensarle la raíz de su personalidad: «Je retrouve toutes mes origines dans le livre que je savais para coeur avant de savoir lire, *Don Quichotte*». En 1869, es decir, a la altura de su ya avanzada cuarentena, sigue viva su admiración por la novela de Cervantes. Por ejemplo en una carta a George Sand (t. IV, p. 25): «Je relis, en ce moment, *Don Quichotte*. ¡Quel gigantesque bouquin! Y en a-t-il un plus beau?») Y del oído infantil de la imaginación a los ojos y a la pluma terrenales. Es tal su precocidad de lector que ya, a los diez años, poco después de ingresar en el Collège Royal de Rouen, veamos lo que le escribe a su amigo Ernest Chevalier, en una de sus primeras cartas conservadas que refleja, además, los correspondientes deslices ortográficos: «Je prends des notes sur don quichotte et mr. mignot dit qu'ilssont très bien» (15-I-1832). Aparecen ya juntas la lectura y la escritura y no



volverán a separarse, porque se pasó la vida sobre todo leyendo y escribiendo. Es cierto que también salió de su guarida de Croisset, hizo unos cuantos viajes —el más largo al Oriente Próximo en compañía de Maxime du Camp—, incluso llegó a residir en París, durante cortas estancias y en contacto con un reducido círculo cultural. Sin embargo, cuando uno recorre su correspondencia de principio a fin, sabe que en la balanza biográfica de Flaubert pesan mucho más los libros leídos y las cuartillas escritas que el contacto con sus congéneres, más la guarida de la literatura que las relaciones amistosas o sentimentales. La pasión, tan temprana, por los libros le acompañará a lo largo y ancho de su vida. Aunque el siglo XIX, sobre todo después de la revolución romántica, tendió a situar la literatura en el trono social, aunque Flaubert pudo verse arrastrado por esa corriente, no deja de parecer excesiva su vida de monje benedictino en el convento literario. Desde nuestra modernidad, resulta difícil concebir que un muchacho —por más que se hubiese criado en el seno de una familia burguesa e ilustrada— haga de la lectura uno de sus pilares vitales. Dos de los muchos ejemplos que podrían ponerse de esa precocidad, incluso para aquella época. Un año antes y al mismo Ernest Chevalier le propone una especie de sociedad literaria. Con la ortografía trabucada de un niño, le comunica que le enviará sus comedias: «Si tu veux nous associers pour écrire moi, j'écrirait des comédies et toi tu écriras tes rêves» (1-I-1831, t. I, p. 4). Cuatro años después, o sea, a los catorce, es perceptible ya el peso creciente de las lecturas de Flaubert, el inicio de lo que será el inmenso edificio bibliográfico que construyó a lo largo de su vida. Al mismo Ernest le resume los libros que están pasando por sus ojos y, dicho sea de paso, ya se empieza a notar la firmeza de su escritura: «J'ai lu aussi les oeuvres de Beaumarchais, c'est là qu'il faut trouver des idées neuves. Maintenant je suis occupé au théâtre du vieux Shakespeare, je suis en train de lire *Othello*, et puis je vais emporter pour mon voyage *L'Histoire d'Écosse* en trois volumes par W. Scott, puis je lirai Voltaire. Je travaille comme un démon me levant à trois heures et demie du matin» (t. I, p. 20).

Parece razonable, por lo tanto, preguntarse por el papel que la lectura juega en el interior de su escritura. Antes de ser un *homme-plume* (carta a Louise Colet, t. I, p. 42) fue también un hombre-lector. Habría que distinguir dos grandes bloques en esa simbiosis. El primero, por cronológico y por cimentador de su ideario artístico y vital, tiene todo que ver con la mirada lúcidamente pesimista con la que contempla la vida y, sobre todo, a sus congéneres. A los dieciocho años aparece con nitidez ese sentimiento de hastío, la contemplación irónica o enrabiada de la burguesía y la consiguiente «bêtise» de sus semejantes, la ilimitada estupidez del género humano, enemiga y suplicio de su vida: «J'en suis maintenant à regarder le monde comme un spectacle et à en rire». En esa misma carta a su amigo Ernest Chevalier (t. I, p. 28) comienza a aferrarse a la balsa de la lectura de los grandes escritores, de aquellos que serán para siempre el asidero de su yo social y de su yo creador, como diría Marcel Proust:

¹ Todas las citas de la *Correspondance* de Flaubert están sacadas de la edición de Jean Bruneau, París, Gallimard, La Pléiade, 1973-1998.

Je lis toujours Rabelais et j'y ai adjoint Montaigne. Je me propose même de faire plus tard sur ces deux hommes une étude spéciale de philosophie et de littérature —c'est selon (moi) un point d'où est parti la littérature et l'esprit français.

Promesa, dicho sea de paso, medio incumplida, porque escribió sobre el primero, pero no sobre el segundo. Como contrapeso a ese desprecio por la «bêtise», el entusiasmo, desplegado en miles de páginas de su Correspondencia, por la lectura de los maestros. Pequeño botón de muestra el que se refleja en una carta a Louise Colet en respuesta a los reproches que ella le hace, porque supone que Flaubert se dedica a orgías intelectuales, a agotadoras sesiones de trabajo. En realidad, le dice:

je n'écris plus, à quoi bon écrire? Tout ce qu'il y a de beau a été dit et bien dit. Au lieu de faire une oeuvre, il est peut-être plus sage d'en découvrir de nouvelles sous les anciennes. Il me semble, à mesure que je produis moins, que je jouis mieux à contempler les maîtres (t. 1, p. 433).

No solo goza con los clásicos griegos y romanos, sino también con los Rabelais, Montaigne, Ronsard, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Byron, Michelet, Taine *e tutti quanti* hicieron posible que se desprendiera de su corteza terrenal para vivir otra vida. A propósito de Shakespeare, aunque pueden hallarse reflexiones semejantes respecto a tantos otros, Flaubert es de lo más explícito. Todavía en medio de su pasión amorosa, pero ya soltando amarras comprometedoras, se asombra de que a Louise Colet le extrañe su insistencia al hablarle in extenso del dramaturgo inglés en lugar de contarle aspectos de su propia intimidad. Así le resume su ideal de vida:

J'ai goûté plus qu'un autre les plaisirs de la famille, autant qu'un homme de mon âge les joies des sens, plus que beaucoup celles de l'amour; eh bien, jamais personne ne m'a donné une jouissance approchante à celles que m'ont fourni quelques morts illustres dont je lisais ou contemplais les oeuvres. Les trois plus belles choses que Dieu ait faites c'est la mer, l'*Hamlet* et le *Don Juan* de Mozart (t. 1, pp. 372-373).

Respecto a la asociación entre el leer-escribir y el vivir, Flaubert comienza a levantar las barricadas que le protegen de un mundo que no le gusta. Poco a poco, transmite su idea de que, por encima y por debajo de todo lo demás, están las dos piedras angulares de su vida: la lectura y la escritura. En una carta a Ernest Chevalier, escrita nada menos que diez años antes de la aparición de *Madame Bovary*, es decir, antes de irrumpir en la vida pública, antes de codearse con el escándalo y la fama, se amuralla frente a los ojos de su gran amigo y, de paso, le deja muy claro lo nimia que es la vida de los mortales, la fugacidad de lo externo, cómo desaparecen alegrías, familia y amigos, el vacío de lo mundano:

Il n'y a que moi qui reste, qui ne change pas de lieu, qui ne change pas d'existence et de rang. Si tu ne revenais ici que dans dix ans [...], tu me retrouverais sans doute, à ma table, dans la même posture, penché sur les mêmes livres [...] Je continue mon grec, je lis Théocrite, Lucrèce, Byron, Saint Augustin et la Bible, voilà pour le moment les historiettes que je m'inculque dans le cerveau (t. 1, p. 440).



Como para tantos otros aspectos de su ideario, la muy larga correspondencia mantenida con Louise Colet es una mina. Para quintaesenciar esa atadura que siempre mantuvo con la obra de los clásicos, me parece muy significativo el párrafo de una carta a su amante, aguijón femenino que tanto néctar reflexivo supo extraer del autor de *Madame Bovary*. En ella y al tiempo que le cuenta la muerte de su hermana, ocurrida menos de un año antes, y el velatorio junto a la cama, comenta cómo se apoyaba en la muleta de uno de los grandes:

Je lisais du Montaigne et mes yeux allaient du livre au cadavre; son mari dormait et râlait; le prêtre ronflait; et je me disais en contemplant tout cela que les formes passaient, que l'idée seule restait et j'avais des tressaillements d'enthousiasme à des coins de phrases de l'écrivain (t. I, p. 431).

A pesar de que nada ha publicado aún cuando conoce a Louise Colet, de que ella, sin embargo, es una escritora conocida, Flaubert sabe muy bien la mediocridad que desprenden sus libros, tan elogiosamente celebrados y, desde muy pronto, enterrados en el cementerio de la literatura. En muchas ocasiones, a lo largo de sus cartas, con precaución y de pasada, la sermonea con una idea central: no se puede escribir bien sin haber leído bien, sin reconocer lo alto que está el listón estético cuando se ha frecuentado y amado en profundidad a los dioses del Olimpo literario. No solo le espeta lo que le va resultando evidente —«Tu ne lis pas assez de bonnes choses»—, sino que, en consonancia con sus creencias, le advierte de la ineludible necesidad de la mejor compañía: «Un écrivain, comme un prêtre, doit avoir toujours sur sa table de nuit quelque livre sacré» (t. II, p. 133). En este mismo sentido y pocos meses después, martillea sobre el mismo yunque de ese dogma estético que ha ido construyendo desde muy joven: «la bibliothèque d'un écrivain doit se composer de cinq à six livres, sources qu'il faut relire tous les jours. Quant aux autres, il est bon de les connaître et puis c'est tout». Flaubert no se hacía ilusiones respecto a lo que hoy llamaríamos el mercado de la literatura, a la masa de lectores sin criterio o, al menos, con muy poca exigencia: «Mais c'est qu'il y a tant de manières différentes de lire, et cela demande aussi tant d'esprit que de bien lire!» (t. II, p. 174).

Si damos un pequeño salto cronológico hacia atrás, podemos comprobar, en este mismo sentido, la coherencia de Flaubert, la solidez de sus convicciones desplegada por toda su correspondencia. Veamos un par de ejemplos. En el primero, reflejado una semana después de comenzar su relación apasionada y hasta calenturienta con Louise Colet (29 de julio de 1846), Flaubert descubre las vigas maestras de su vida, no solo de su vida como escritor aún inédito, sino el auténtico soporte de la existencia, el culto al Arte, la verdadera razón de su existencia:

Tu me parles de travail; oui, travaille, aime l'Art. De tous les mensonges, c'est encore le moins menteur. Tâche de l'aimer d'un amour exclusif, ardent, dévoué. Cela ne te faillira pas. L'Idée seule est éternelle et nécessaire. Il n'y en a plus, de ces artistes comme autrefois, de ceux dont la vie et l'esprit étaient l'instrument aveugle de l'appétit du Beau, organes de Dieu par lesquels il se prouvait à lui-même. Pour ceux-là le monde n'était pas; personne n'a rien su de leurs douleurs; chaque soir ils



se couchaient tristes, et ils regardaient la vie humaine avec un regard étonné, comme nous contemplons des fourmilières (t. 1, p. 283).

Entre estas líneas está casi todo el ideario artístico de Flaubert, la balsa segura del Arte como única posibilidad de salvarse del naufragio, la ficción como la verdad verdadera, el sinsentido de la sociedad humana. En el segundo ejemplo, subrayado pocos días después, le esboza ya su autorretrato intelectual, la verdadera armazón de su edificio estético, la convicción de que, puesto que todo está escrito entre las páginas de los dioses literarios, conviene rebajar las ínfulas y, por lo pronto, volverse «un gourmet», dice, refinar el paladar con los mejores manjares:

Tout ce que je demande, c'est à continuer de pouvoir admirer les maîtres avec cet enchantement intime pour lequel je donnerais tout, tout. Mais quant à arriver à en devenir un, jamais, j'en suis sûr. Il me manque énormément, l'innéité d'abord, puis la persévérance du travail. On n'arrive au style qu'avec un labeur atroce, avec une opiniâtreté fanatique et dévouée (t. 1, p. 303).

Podría formarse un largo collar con las perlas de su correspondencia a propósito de sus devociones literarias, de sus santos patronos, el ejemplo que supusieron en su formación intelectual y artística. Me limito a las que engarzó en torno a Rabelais, escritor y escritura fundamental en su formación. Valga, en este sentido, el testimonio de un escritor que, por ser una especie de hijo espiritual, le conoció y admiró a fondo. Maupassant, además de escribir que Flaubert era «un fils de Rabelais» o «un fils de Cervantes», en un artículo hace este retrato del maestro que encaja a la perfección con esa otra cara menos conocida, con ese aspecto de la intimidad que revela su médula rabelaisiana, el placer que sentía por recibir a los buenos amigos, por la buena mesa y la buena risa : «Dans l'intimité, il était gai et bon. Sa gaieté puissante semblait descendre directement de la gaieté de Rabelais. Il aimait les farces, les plaisanteries continuées pendant des années. Il riait souvent, d'un rire content, franc, profond; et ce rire semblait même plus naturel chez lui, plus normal que ses exaspérations contre l'humanité»².

En pleno proceso de la escritura, metido hasta el cuello en la construcción de *Madame Bovary*, en esa especie de diario íntimo que refleja su elaboración, la página cincelada por una pluma que suda los tormentos del estilo, los esfuerzos que significan «ne pas perdre l'horizon de vue et regarder à ses pieds», es decir, estar atento al detalle, pero no perder de vista el conjunto, se aferra a los de siempre, a los que nunca le fallan, a los que le hacen soñar, a esas obras graníticas, pero carnosas. En una carta veraniega a Louise Colet, desde la tranquilidad del balneario de Trouville, lamenta tener que escribir, cuando en realidad lo que quisiera es soñar en brazos de las grandes obras de siempre:

Elles sont sereines d'aspect et incompréhensibles. Quant au procédé, elles sont immobiles comme des falaises, houleuses comme l'Océan, pleines de frondaisons, de verdure et

² Gustave FLAUBERT-GUY DE MAUPASSANT (1993): *Correspondance*, edición, prefacio y notas de Yvan Leclerc, París: Flammarion, p. 321.

de murmures comme des bois, tristes comme le désert, bleues comme le ciel. Homère, Rabelais, Michel-Ange, Shakespeare, Goethe m'apparaissent *impitoyables*. Cela est sans fond, infini, multiple. Par de petites ouvertures on aperçoit des précipices; il y a du noir en bas, du vertige. Et cependant quelque chose de singulièrement doux plane sur l'ensemble! C'est l'éclat de la lumière, le sourire du soleil, et c'est calme! C'est calme! Et c'est fort, ça a des fanons comme le boeuf de Leconte (t. II, p. 417).

En una carta a Amélie Bosquet, escritora nacida también en Rouen y con la que sostiene una abundante correspondencia, deja también la huella de sus preferencias y, por supuesto, de sus discrepancias en materia de gustos literarios. De ahí que, en este caso y subiéndose, una vez más, al Himalaya de Rabelais, contemple la mediocridad triunfante. La reflexión contenida en esta carta es, para desgracia de la literatura o, mejor dicho para infortunio social, de sempiterna actualidad. Basta con sustituir a Béranger, uno de los arquetipos de la *bêtise* para Flaubert, *chansonnier* de gran éxito popular y poeta «oficial» a quien el gobierno de Napoleón III le organizó unos funerales de Estado, por algún insulso escritor de los que figuran, ahora mismo, en la lista de los más vendidos:

D'où vient qu'on est toujours indulgent pour la médiocrité dorée? Et qu'on sait Béranger par coeur et [...] pas une page de Rabelais? [...]. Quelle vanité que la littérature et que la gloire! (t. III, p. 403).

Y un penúltimo ejemplo de reconocimiento a la deuda contraída con los escritores mayúsculos, con aquellos que, según Flaubert, no sufrían las penas de la ignorancia. Se trata de una carta a Louise Colet en la que, tras contarle la exigua cosecha de su trabajo —¡ni más ni menos que trece páginas en siete semanas!—, confiesa su pequeñez de escritorzuelo:

Les livres d'où ont découlé les littératures entières, comme Homère, Rabelais, sont des encyclopédies de leur époque. Ils savaient tout ces bonnes gens-là; et nous, nous ne savons rien (t. II, p. 544).

En esa permanente crítica de libros y de autores que despliega en sus cartas, dos años antes y a la misma corresponsal le subrayaba su indestructible unión con dos de sus ídolos y titanes:

En fait de lectures, je ne *dé-lis* pas Rabelais et *Don Quichotte* [...]. Quels écrasants livres. Ils grandissent à mesure qu'on les contemple, comme les Pyramides, et on finit presque par avoir peur [...]. Comme on se sent petit, mon Dieu! comme on se sent petit! (t. II, p. 179).

Como se desprende de su Correspondencia y de los *Carnets de travail*³, las sucesivas bibliotecas de Flaubert sustentan su obra de creación, son la turba que nutre

³ Gustave FLAUBERT (1888): *Carnets de travail* (édition critique et génétique établie par Pierre-Marc de Biasi), París: Balland. En ellos está contenido el mundo bibliográfico del escritor,

el campo de su escritura. No porque los libros aparezcan reseñados o citados como en esos dos corpus mencionados, sino porque conforman el esqueleto de su ética y de su estética. Como resume muy bien Raymonde Debray-Genette: «Bien avant Borges, Flaubert pense, réécrit, invente un certain imaginaire du savoir»⁴. Pasearse virtualmente por su biblioteca —la que tenía en su casa de Croisset o las visitadas para leer en ellas—, es una forma de percatarse, por una parte, del trabajo de zapa de su escritura y, por otra, de escuchar sus angustias respecto a la civilización, a los dolores que sentía por su tiempo que, en esencia, es el nuestro, a la necesidad de entender lo que nos pasa. Todo está en esos estantes: desde la literatura, la filosofía, la antropología, la religión o la historia pasando, por supuesto, por las ciencias físicas e incluso por lo paracientífico. Por supuesto, digo, porque Flaubert heredó la atmósfera médica en que nació y se crió, ya que vivió en el Hospital de Rouen del que su padre era cirujano-jefe. Como es archisabido y archicomprobado, fueron miles los libros que leyó para escribir los suyos. Parece como si, abiertos por los ojos del escritor, cobraran una vida nueva y se expandieran en otros de nuevo cuño, como si lo contenido en esas páginas se metamorfoseara y adquiriera una nueva vida. Es este, me parece, uno más de los aspectos de la modernidad de Flaubert, tal y como intuyó Michel Foucault:

Flaubert est à la bibliothèque ce que Manet est au musée. Ils écrivent, ils peignent dans un rapport fondamental à ce qui fut peint, à ce qui fut écrit -ou plutôt à ce qui de la peinture et de l'écriture demeure indéfiniment ouvert. Leur art s'édifie où se forme l'archive⁵.

En un par de cartas a Leroyer de Chantepie se puede hallar la quintaesencia de su forma de ver el mundo, de su «moral» incluso⁶. En el largo diálogo epistolar con esta señorita culta y atormentada por inquietudes religiosas, en este cruce de voces que no se acaban de encontrar porque por ella resbalan las recomendaciones de Flaubert y porque, en el fondo, emitían en frecuencias inencontrables, están las diatribas contra la vida y de ahí que le señale a su corresponsal los estantes donde se hallan los Montaigne, Shakespeare, Cervantes, Goethe, Rabelais, Spinoza, Homero...; se oyen los latigazos de indiferencia contra sus congéneres que nada entienden; se escuchan sus sermones egoístas para defenderse de la estupidez; subraya, sobre todo, el ejercicio de la inteligencia, el necesario apoyo del Arte y de la Belleza, sus dos grandes muletas existenciales:

Associez-vous par la pensée à vos frères d'il y a trois mille ans; reprenez toutes leurs souffrances, tous leurs rêves, et vous sentirez s'élargir à la fois votre coeur et votre

desplegado en esta especie de enciclopedia tan excelentemente ordenada por el editor, toda una gran biblioteca del siglo XIX absorbida en la obra de Flaubert.

⁴ R. DEBRAY-GENETTE (1984): *Revue des Lettres Modernes, Flaubert 1*, París: Minard, p. 12.

⁵ Michel FOUCAULT (1983): «La Bibliothèque fantastique», *Travail de Flaubert*, textes réunis par Gérard Genette, París: Le Seuil, p. 106.

⁶ En español y que yo sepa, estas diecisiete cartas de Flaubert a mademoiselle Leroyer de Chantepie solo han sido editadas en el núm. 6 de la revista *La Página*, traducidas por mí.



intelligence [...]. Faites de grandes lectures [...]. Lisez de l'histoire, l'ancienne surtout. *Astreignez-vous à un travail régulier et fatigant.* La vie est une chose tellement hideuse que le seul moyen de la supporter, c'est de l'éviter. Et on l'évite vivant dans l'Art, dans la recherche incessante du Vrai rendu par le Beau (t. II, p. 717).

Para comprobar la solidez de la casa terrenal que Flaubert se construyó con el fin de resguardarse de las inclemencias de la vida externa, basta abrir el volumen IV de la *Correspondance*. Ya no es el mismo, física y mentalmente está exhausto y hartado, pero sigue anclado a lo mismo. El intercambio epistolar con George Sand duró desde 1863 a 1876 y en esas cuatrocientas cartas están contenidos múltiples aspectos ideológicos y literarios que el novelista normando vuelca sobre la interlocutora ideal para escribir lo que no podía explicitar en su obra narrativa: la mujer, la política, la educación, la *bêtise* ¡cómo no!, ideas y reflexiones que, dicho sea de paso, aún no han encontrado editor en España, a pesar de que conforman uno de los bloques más bellos de una de las más hermosas correspondencias, en este caso la legada por dos escritores. En una de esas cartas a George Sand, en la que inaugura el año 1869, vuelven a aparecer los refugios seguros de la lectura y la escritura, en medio de la desolación, de toda su amargura y pesimismo al contemplar lo que entreve como el desmoronamiento de la civilización occidental, en los años en que está incubando su gran venganza contra la estupidez humana, es decir, mientras prepara ese gran catálogo de la imbecilidad que es *Bouvard et Pécuchet*: «Mais que faire? Se griser avec de l'encre vaut mieux que se griser avec de l'eau-de-vie» (t. IV, p. 4). O sea, lo mismo que, diez años antes, le había escrito a Leroyer de Chantepie en una carta, por otra parte, indispensable para conocer su visión de la mujer: «la femme me semble une chose impossible...». Para que no haya dudas de que «para no vivir» hay que sumergirse en el Arte, le dice «je me grise avec de l'encre comme d'autres avec du vin» (t. III, p. 65).

En Francia, el prestigio del libro y de la lectura alcanzan quizá su apogeo a mediados del siglo XIX. El sentir general de la *intelligentsia* es que no se puede concebir el progreso, la cultura de un pueblo sin lo almacenado en los millones de páginas que la mente humana ha ido depositando en ellas. Se está incubando la alfabetización generalizada y, por consiguiente, el fenómeno de la lectura masiva. Flaubert es una de sus consecuencias, aunque su visión, pesimista pero preclara a la vista de nuestra modernidad, le advierte de que no todo el monte sociológico es orégano cultural. Así se lo espeta a George Sand, defensora de un valor tan republicano como la enseñanza gratuita y obligatoria:

Tout le rêve de la démocratie est d'élever le prolétaire au niveau de la bêtise des bourgeois. Le rêve est en partie accompli! Il lit les mêmes journaux et a les mêmes passions (t. IV, p. 384).

En cualquier caso y pertrechado con el optimismo de la voluntad, Flaubert habla de otra cosa, piensa y practica a diario una serie de mandamientos, sagrados para él. Comprende que la única forma de sacar la nariz por encima del *smog*, que la vida procura y el poder envenena, es buscar siempre el apoyo en la lectura de los



dioses de su vasto Olimpo literario, es saber que ya no estamos *solos* como lo estuvieron nuestros congéneres en la antigüedad clásica, que es la religión —otra de las bestias negras de su *Correspondance*— la que no permite que nos miremos en el único espejo que existe, el que nosotros mismos cargamos. No es extraño por ello que Marguerite Yourcenar incluyera, de entrada, en sus «Carnets de notes» de *Mémoires d'Hadrien*⁷ una reflexión de Flaubert, contenida en una carta a su amiga Edma Roger des Genettes:

Les Dieux n'étant plus et le Christ n'étant pas encore, il y a eu, de Cicerón à Marc Aurèle, un moment unique où l'homme *seul* a été. Je ne retrouve nulle part cette grandeur (t. III, p. 191).

Tal y como subraya la escritora, la lectura y relectura de la frase de Flaubert en torno a 1927 se le quedó grabada en la memoria y una gran parte de su vida se dedicó a estudiar y a narrar la vida de ese gran emperador romano, «seul et d'ailleurs relié à tout».

Subido a esas atalayas, conocedor profundo de las profundidades estéticas y filosóficas que los clásicos nos dejaron como herencia, Flaubert se tortura, se flagela —«se gratte», dice en muchas ocasiones— a la búsqueda de una escritura otra, digna, al menos, de sus venerados maestros. De ahí que su famoso anhelo de la forma perfecta, aquella que se adecua a la idea que pretende expresar, nazca de la lectura, del contacto con los mejores. A Flaubert no le ocurre como a su admirado Don Quijote, no se desconecta del mundo real, a pesar de las infinitas horas pasadas en el útero de sus bibliotecas. Si bien es cierto que busca entre esas paredes la protección contra la mediocridad —según él, la fuente de todos los males de la civilización—, también lo es, me parece, que su sismógrafo sociológico detecta y hasta prevé las grandes fallas tectónicas que agrietan el mundo, los problemas esenciales de siempre. En el fondo, la lectura para la escritura, además de vitaminas para la inteligencia y la comprensión, es su apuesta por la posteridad, la demostración de que lo que se escribe en un determinado presente ha de estar enlazado al cordón umbilical del pasado, bañar la obra en los siglos anteriores para conservarla fresca en el futuro.

⁷ Marguerite YOURCENAR (1974): *Mémoires d'Hadrien*, París: Gallimard, Collection Folio, p. 321.